

35



La dicha de los demás

Warner Baxter - Louis Wilson



25
CTS

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Núm. 34 **PARAMOUNT** 25 Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

THE GREAT GATSBY 1925

La dicha de los demás

*Sentimental novela,
interpretada por*

*Lois Wilson, Warner Baxter,
Neil Hamilton, Georgia Hale.*

Es un film **PARAMOUNT**

distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

© 1925

IMPRENTA BADIA
Dr. Dou, 14 - Barcelona

La dicha de los demás

Argumento de la película

Jay Gatsby se encontraba separado de Daisy, la mujer a quien amaba, por un abismo social. El era muy pobre y ella era la mujer más bella y la más rica heredera de Louisville.

Pero llegó la guerra, cubrió al joven con el glorioso manto de un uniforme y antes de partir para Francia ella correspondió una noche al amor de su galán.

—¿Estás absolutamente segura de que me amas?... — le decía él suavemente en el jardín silencioso de la casa de Daisy.

—Sí, te quiero, Jay, te quiero!... ¡Nada podrá separarme de tu recuerdo!

—¡Ojalá! Te aseguro que no tendrás motivo de arrepentimiento. Cuando vuelva terminada la guerra procuraré hacer tu felicidad.

—¡Dios te oiga!

—¡Eres mía! ¡Y yo he de hacer que todo lo que se te antoje sea tuyo! ¿Cómo? No lo sé, pero yo haré que así sea... Tendrás una casa más grande que ésta, dinero, todo lo que tú quieras... Estudiaré, me elevaré por mi propio esfuerzo a tu nivel. Te he arrancado de Tom Buchanan y he de mantenerte alejada de él.

Como se escuchasen las voces de la madre de Daisy ella se separó de su novio después de darle un largo beso.

Y así fué cómo la joven rica dejó al joven pobre solo, con sus ilusiones. Es cierto que él se sintió unido a ella como por los lazos del matrimonio, pero esto no fué todo...

Gatsby partió para Francia... y aquella misma primavera. Daisy se rindió ante la soledad y la insistencia de sus familiares. Iba a casarse con el rico comerciante Tom Buchanan, a pesar de las constantes protestas de su corazoncito joven.

El día de su matrimonio recibió una carta de las trincheras que decía así:

Daisy, mi vida:

Acaba de llegar hasta mí la noticia de tu compromiso. No lo creo. Me es imposible creerlo. Tú eres mía desde aquella noche y seguirás siendo mía toda la vida. Toda mi existencia descansa sobre este hecho y estoy dispuesto a

dedicarla por entero a tu felicidad. Espero y creo en ti.

Jay Gatsby.

El recuerdo del antiguo amor atormentó a Daisy. Y cuando llegó su madre con una amiga, ella quiso devolver la sortija nupcial.

—No puedo casarme con Tom Buchanan, mamá... He cambiado de parecer... Yo amo a otro hombre.

La indignación de su madre no le permitió continuar.

—¿Estás loca? Nuestra familia ha tenido siempre por norma cumplir sus promesas. Y tú tienes que cumplir la tuya...

Llegaban ya los invitados a la casa. El novio esperaba en la iglesia. Era inútil insistir... Y fué de esta manera cómo ella se casó con Tom Buchanan, sin amarle.

**

Pasó la guerra. Del gran torbellino de fortunas que engendró el conflicto surgió un nuevo Jay Gatsby, en el cual no había rastro siquiera de aquel soldado desconocido y miserable.

Al volver a su patria, Gatsby encontró a la dueña de su corazón casada con otro hombre.

Y el triste enamorado, viendo rota su vida, desapareció durante unos cuantos años para reaparecer en 1926, convertido en un hombre nuevo que había alcanzado las cúspides de la riqueza.

Todo el mundo hablaba de él, de su espléndida mansión rodeada de jardines allá en el aristocrático Long Island, de las fiestas sensacionales que en ella se daban, de su riqueza, la cual nadie sabía de dónde procedía y que él mismo era incapaz de explicar dos veces de la misma manera. Estas murmuraciones no impedían que los invitados de Gatsby llegasen a docenas, a centenares, disfrutando de la hospitalidad de aquel hombre incomprensible, a quien muchos ni siquiera conocían.

En una quinta vecina a la mansión de Gatsby vivía su vida de soltero Nick Carraway, primo de Daisy.

Una tarde un criado se presentó en casa de Nick, diciéndole:

—El señor Gatsby tiene el gusto de saludar al señor Carraway y le invita a la fiesta que da en su casa a un grupo de amigos.

La mayoría de los invitados de Gatsby lo eran por voluntad propia... Muchas veces partían sin haber visto siquiera al propio anfitrión.

Nick no conocía a Gatsby más que de oídas, pero no pareció bien desdeñar su requerimiento, se dirigió a su casa.

Reinaba en ella una animación y una alegría infinitas. Salas y jardines aparecían llenos de un multitud selecta y cordial.

Un poco violento por no conocer a nadie, Nick preguntó a un caballero:

—Con permiso. ¿Podría usted decirme dónde está el señor Gatsby?

Nick se había dirigido precisamente a un tal Wold, una figura misteriosa, en un tiempo jugador de dudosa reputación, sumamente hábil para no caer en manos de la policía y cuya soez alegría tenía un aire siniestro. De este ser enigmático se decía que era el protector de Jay Gatsby.

—No sabría decírselo — respondió —. Pero es mi socio... Todo lo que tiene y es me lo debe a mí.

Y le volvió desdeñosamente la espalda.

Siguió vagando Nick desorientado por aquellos regios salones y sorprendió la conversación que sostenían dos invitados.

—Me han contado que Gatsby recibe el champaña y los vinos con que obsequia a sus amigos en trenes secretos desde la frontera para burlar la prohibición — decía uno.

—No me parece que Gatsby sea un verdadero hombre — contestó el otro —. El mejor día la justicia pondrá fin a sus espléndices.

Nick prosiguió su camino hacia el jardín y viendo a un caballero que aparecía distraído, se acercó a él.

—¿Dónde podría encontrar a ese famoso Gatsby? — le dijo —. Soy su vecino Nick Carraway.

—Aquí lo tiene usted, soy yo mismo — exclamó riendo.

Los dos se estrecharon la mano y Nick, muy alegremente, agregó:

—¡Cuánto celebré conocerle! Ha sido para mí un gran placer la invitación de usted.

—¡Ah! yo hace la mar de tiempo que deseaba verle. Una vez conocí a su prima Daisy, pero hace muchos años... Hoy es una mujer casada y su marido se llama Buchanan.

Y en sus palabras había una amargura temblorosa.

Se acercaron a una piscina donde había mucha gente bañándose y, sonriente, Gatsby sacóse del bolsillo varias monedas y las echó al fondo del agua.

—Pero, ¿qué está usted tirando? — preguntó Nick.

—Nada — respondió, indiferente—. Piezas de oro de veinte dólares.

Y vió como la gente buceaba en el agua para recoger aquellas monedas. Una señora elegantemente vestida, al escuchar lo del oro tiróse de cabeza al agua para buscárolo. ¡Andaba ella tan escasa de dinero!

Gatsby sonrió despectivo. Así era como él distribuía la felicidad a gentes que ni tan siquiera conocía, pero con una esperanza... Con la esperanza de que algún día, Daisy, su antigua novia, la mujer que vivía en la orilla opuesta a la bahía, se uniría al coro de invitados.

Termino la fiesta con la esplendidez de una recepción oriental y Nick tuvo que confesarle que aquel hombre era uno de los seres más enigmáticos y difíciles que había conocido en el mundo.

Allá, al otro lado de la bahía, alzaba su

lujo la residencia de los Buchanan. Daisy tenía ya una niña de unos cinco años y se había resignado a la relativa felicidad que le proporcionaba el marido.

Hasta sus enemigos estaban de acuerdo en que Tom Buchanan tenía una fuerza, un imperio misterioso que nadie había logrado dominar. Era un hombre poderoso, energético, que imponía a su mujer, a pesar de que ésta nunca le había querido como a un ídolo por haber sido su matrimonio impuesto por la familia.

Buchanan, si bien en apariencia se portaba como un buen esposo, gustaba de hacer frecuentes escapadas en busca de conquistas más o menos fáciles.

Una tarde Daisy se hallaba de visita con varias amigas cuando llegó su marido y dirigióse al teléfono. El timbre sonaba incesantemente.

El recado que recibió Tom pareció trastornarle, miró de reojo a su esposa y luego contestó ante el auricular:

—¿El garage de Wilson? ¡Ah, ya! ¡Mi coche! ¡Bien, bien; pasaré por allí mañana temprano!

A Daisy no pareció escapársele aquella turbación y como sospechaba de su esposo, dijo en voz baja a su íntima amiga Mary que estaba junto a ella:

—Tom tiene una mujer en Nueva York... Estoy segura.

—¡Por Dios! ¡No lo creo!

Tom procurando sonreir para que nadie sospechara acercóse a su esposa y la invitó a dar un paseo con ella. Daisy se negó alegando que tenía que quedarse con la niña.



Daisy se negó, alegando que tenía que quedarse con la niña.

—Pues entonces, acompáñeme usted, Mary, ¿quiere? — dijo Tom.

Una sonrisa aprobatoria de Daisy decidió a Mary. Esta era una amiga leal en la que se podía confiar de veras.



—...acompañeme usted, Mary, ¿quiere?

—Salgamos. iremos a cualquier parte, aunque sea a casa de ese Gatsby.

—¿Gatsby? — dijo Daisy repentinamente emocionada ante aquel nombre que le recordaba una triste historia de amor. — ¿Quién es Gatsby?

—Le llaman el gran Gatsby. Un ricachón excentrónico, un loco que hace la dicha de los demás, la felicidad temporal de los otros locos.

Salieron los dos amigos. Y no tardaron en llegar a aquella rica mansión donde a nadie se preguntaba quién era ni de dónde venía...

Nick, que se encontraba de nuevo de visita, al ver a su primo se acercó a saludarle y lo presentó a Gatsby. Este se estremeció al escuchar el nombre de Tom Buchanan. ¡Y aquel hombre con cara de cínico que tenía ante él, le había quitado a Daisy! Una sonrisa de desprecio fulguró en su rostro. Se prometió no perder de vista a aquel rival triunfante. Pero durante aquellas horas se mantuvo correcto con él, como un caballero.

Al día siguiente Tom Buchanan se dirigió al garaje de Wilson, en Nueva York.

Saludó al dueño del taller y le dijo, sonriente:

—Wilson, ¿está ya listo mi automóvil?

—No sé, señor. Voy a ver. Creo que dentro de pocos días podrá usted llevárselo.

Desapareció el dueño y entonces Tom acercóse a la esposa de Wilson y estrechándole apasionadamente la mano, le dijo:

—Marta, te esperaré en casa de tu amiga.

—¡No faltaré! —dijo ella, sonriente.

Les unía una pasión criminal de la que estaba totalmente ajeno el pobre mecánico. Tom era un hombre de pocos escrúpulos a quien

el honor de los demás le tenía sin cuidado. Y engañaba vergonzosamente al pobre y honrado trabajador.

Aquella tarde Nick Carraway había invitado a su amigo Jay Gatsby a su casa, correspondiendo a las amabilidades de su vecino. Además, sabedor de que Jay conocía a la prima Daisy, Nick sin sospechar los lazos que habían unido a los dos jóvenes, invitó también a ella... pensando que leería grato aquel encuentro con un antiguo amigo.

Era un día de lluvia.

Unos criados de Gatsby trajeron flores y dulces a casa de Nick. Y el desdifiado enamorado no tardó en presentarse allí.

—Amigo —dijo a Nick—, ha tenido usted la gran idea de invitarla a ella y permitirme venir aquí.

Una sonrisa de duda se reflejó en el rostro de Nick.

—No sé, pero con ese aguacero no es fácil que venga mi prima.

Mas a pesar de sus augurios, Daisy llegó, atraída por el recado de su primo de que "la reservaba una sorpresa".

Nick fué a su encuentro en el zaguán y ella le dijo, riendo:

—¿Se puede saber qué misterio es este, querido Nick? ¿Por qué me has hecho venir sola? ¿Qué ocurre?

—Ya lo verás. Está aquí un antiguo amigo tuyo.

Entraron en el salón. No había nadie. Emocionado, Gatsby se había dirigido a una estancia contigua. Pero ahora volvió a entrar y los dos antiguos enamorados quedaron frente a frente mirándose con la emoción que tienen los recuerdos del amor.

Sus manos se estrecharon, sus labios nada se dijeron. Nick presentó a los dos jóvenes sin sospechar su turbación.

El la envolvió con una sonrisa un poco cruel. ¡Cómo le había engañado aquella mujer!

Daisy bajó los ojos. Gatsby hacía años que aguardaba este instante. Y ahora que había llegado, se veía poseído de terrible pánico, se sentía aterrorizado y sin valor suficiente para retroceder.

—¿Ve usted? — dijo él con voz que quería ser indiferente. — ¡No somos del todo desconocidos!

—Es muy agradable para mí volver a verlo. Nunca pude suponer que mi primo me reservase esa sorpresa.

—Yo, en cambio, esperé siempre verla de nuevo algún día.

Nick intervino en la conversación y les ofreció sendas tazas de té.

La charla se hizo indiferente y banal sin aludir para nada a lo ocurrido entre ellos. No aludieron a aquel pasado que consideraban muerto. Aunque en el fondo de sus almas había un extraño culto hacia él.

Gatsby no había podido olvidarla a pesar de la traición y a ella la casaron con otro hombre, contra su voluntad.



—Es muy agradable para mí volver a verlo.

Media hora más tarde, Daisy abandonó la quinta. En silencio, Gatsby la acompañó hasta el coche brindándole el paraguas, pues el aguacero proseguía.

Ella le dió a besar su mano y partió entristecida, amargado el corazón por evocaciones que resucitaban.

**

Era la amiga de Marta, esposa de un empleado de tranvías, y vivía en un piso de un suburbio neoyorquino.

Y era allí donde Tom Buchanan tenía en determinadas horas sus culpables entrevistas con la esposa del dueño del garage.

Tom distraía ahora sus ocios entre su mal amor y la nueva amistad de Gatsby.

Muchas tarde iba con Daisy, Nick y Mary, a casa de aquel hombre famoso y excéntrico cuyo capital era superior al suyo.

Daisy, venciendo sus escrúpulos, había querido ir a aquel hogar y miraba con curiosidad cuanto rodeaba a su antiguo novio.

Estaban todos en agradable conversación. Concurría también a ella, Wold, el personaje de rostro siniestro.

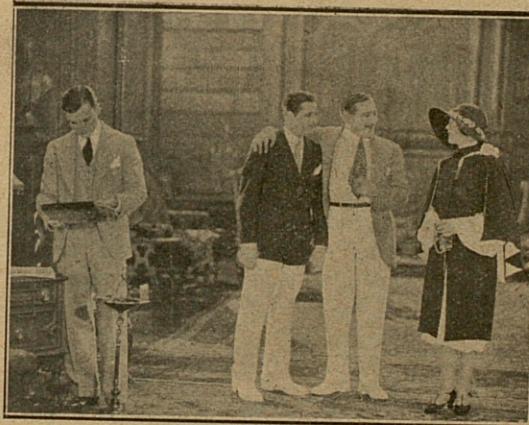
De pronto Nick vió unas medallas en un estuche y dijo a Gatsby:

—¿Las ganó usted, amigo mío?

—Nada, un poco de suerte durante la guerra — respondió el ex soldado.

Wold, riendo, dijo en voz baja a Nick:

—Los cadáveres enemigos estaban a montones frente a sus ametralladoras. A esto lo llama él suerte.



Estaban todos en agradable conversación.

Nick sonrió y Wold, fijándose en el aspecto agradable del mozo, le dijo:

—A propósito de suerte. Ando buscando un caballero joven y simpático para interesarlo en su negocio... Yo hice rico a Gatsby... Y si quiere, puedo hacerle también a usted... si sabe guardar silencio.

Nick, que sospechaba que había asuntos de contrabando por medio, no quiso aceptar.

Después de tomar el te, Daisy sintió el deseo de hojear unos álbumes que tenía Gatsby en su mesa escritorio.

Abrió uno de ellos y leyó varios recortes de diarios:

*LA SEÑORITA DAISY FAY
TRIUNFA EN UNA ORIGINAL
CARRERA*

Como digno remate a la serie de graciosos números organizados en favor de la Fiesta de la Caridad, la señorita Daisy Fay ganó la carrera de patatas en la cual tomaron parte distinguidas señoritas de la mejor sociedad de Louisville.

UNA BODA

Casamiento de Daisy Fay con el rico comerciante Tom Buchanan.

Repentinamente se puso seria. Junto a ella, mirándola con muda acusación, estaba Gatsby. Este hombre parecía decirle: ¿Por qué no le había esperado?

Pero como se acercasen Tom y los otros amigos, ella cerró el álbum y bajó los ojos, avergonzada.

Luego Gatsby les mostró el resto de la casa. Magníficas habitaciones, amplias estancias, un precioso cuarto de baño y tocador en que los

peines y cepillos eran de oro, una bella alacaba con armarios rebosantes de ropa.

—Ya ven ustedes — dijo Gatsby de pronto —. Me dan ganas de llorar al pensar en que he de cubrir mi tedio con camisas de seda. Pero, ¿qué haré, si no sé qué destino dar a mi dinero, y a nadie tengo que me interese?



—Me dan ganas de llorar al pensar en que he de cubrir mi tedio con camisas de seda.

Y sus ojos se clavaron en los de Daisy como un reproche.

Salieron al jardín. Tom Buchanan marchó con sus amigos, después de haber pasado aquella reunión deliciosa.

Una sombra de melancolía llenó el rostro de Gatsby al ver partir a Daisy. Y en vano él aturdía su vida, buscando la dicha de los demás, para hacer olvidar su propia infelicidad.

El jardinero se le acercó y le dijo:

—Señor, las hojas ya empiezan a caer. ¿No le parece que estaría bien que secase la piscina?

—Todavía no. Mañana quiero estrenarla. Todo el mundo ha nadado en ella menos yo.

En sucesivos días continuó el cultivo de aquella amistad entre Gatsby y los Buchanan. Cierta tarde, Gatsby prestó su coche a Tom Buchanan para realizar una excursión, pues éste tenía aún el suyo a reparar, lo que le daba pretexto para ir al garage y poder hablar con la infiel esposa.

Aquel día, Wilson, al verle llegar con el flamante automóvil, le preguntó:

—¿Un nuevo coche, señor Buchanan?

—No, no; es de un sujeto llamado Gatsby. Y vengo a darle prisa a usted por el mío.

—Por la mañana le tendré arreglado el coche. Necesito tener algo de dinero, para mandar a mi mujer al campo — contestó el dueño con triste entonación.

Estas palabras sorprendieron infinitamente a Tom, quien respondió:

—¿Y sabe usted si su mujer estará conforme en marcharse?

Apareció Marta por una ventana. Estaba llorosa, fatigada. Daba la impresión de que su marido sospechaba algo.

Wilson dijo a Tom:

—Ella tendrá que marcharse, lo mismo si quiere como si no quiere... Esta mañana me enteré de algo extraño. Sé que se ha encontrado con un hombre en una casa de la ciudad.

Tom se estremeció y alejóse del garage, excesivamente preocupado. Diablo, ¿iba a descubrirse todo? Wilson tenía cara de marido terrible, de esos que matan para lavar las afrentas recibidas.

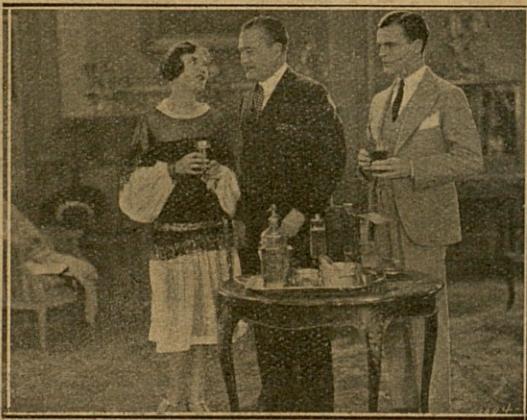
Ya de regreso, pensó que la cosa no tenía importancia. Era muy difícil que se averiguase quién era el amigo de Marta.

Por la tarde estuvo en casa de Gatsby con Daisy. Se hallaban también Nick, Mary y otros invitados.

Nick bailó con Mary y Gatsby con Daisy. Pero esta última pareja parecía comportarse con mayor intimidad de lo que su situación exigía.

A pesar de sus debilidades, Tom Buchanan en el fondo no era un mal hombre y amaba poderosamente a su mujer. Así es que sintió de repente violentos celos contra Gatsby al ver el interés y la sonrisa equívoca con que él la tenía en brazos.

Gatsby profundamente turbado por la emoción del baile junto a la mujer que había constituido la mejor ilusión de su vida, pareció olvidar que ella era casada y empezó a cortejarla descaradamente. Y a Daisy, influída también por el ambiente, no le parecía muy desagradable su "flirt".



...estuvo en casa de Gatsby con Daisy.

Terminado el baile, Tom, deseoso de burlarse de Gatsby, dijo, riendo, y señalando un diploma que había en la pared:

—Ya veo que es usted alumno de la Universidad de Oxford...

—Sí, estuve allí durante cinco meses — respondió Gatsby, fríamente.

—¿Le expulsaron? — preguntó con intención de ofenderle.

—¡Oh, no! — dijo sin comprender la ironía—. Después del armisticio, el gobierno inglés ofreció un curso de cinco meses a alguno de nuestros oficiales.

—¡Vamos! ¡Y usted se aprovechó!

—Naturalmente que no ofrecieron esta oportunidad a los que se quedaron en casa haciéndose ricos, ¿verdad, Tom? — le dijo con saña.

Calló el aludido pero su mirada pareció atravesarle como un estilete. ¡Canalla! ¡Qué ganas tenía de abofetearle! Tom no había ido a la guerra y aquello era una alusión demasiado directa.

Volvió a tocar la música. Nuevamente Daisy y Gatsby bailaron con una intimidad lúgubre y provocativa.

Dispuesto a que aquel "flirt" no prosiguiese, adivinando el terrible peligro que corría la fidelidad de su esposa, Tom se dirigió a la pareja y separó rudamente a su mujer de Gatsby.

—¡Ea, se acabó el baile! ¡A casa! — gritó.

—¿Qué significa eso? — rugió Gatsby —. ¿Cómo se atreve usted a insultarme de este modo?

Dirigieronse todos a una cercana estancia a fin de no llamar la atención y Buchanan dijo, airado:

—¿Le parece a usted que voy a permanecer con los brazos cruzados viendo como le hace el amor a mi mujer?

Daisy se había apartado a un rincón, horrorizada por la escena que iba a poner frente a frente a los dos hombres.

—¡Su mujer no le ama a usted! — gritó Gatsby.

—¡Oh, miente, miente, cobarde!

Y añadió:

—¡Me ama a mí! ¡A mí únicamente!

—No, no es a usted a quien quiere... Daisy fué mi novia y yo la amo.

—¡Canalla!

—Tengo más derecho que usted a ella. No sé como se atreve a acercarse a Daisy. No es usted digno ni de mirarla siquiera.

Tom sonrió con cierto cinismo:

—De vez en cuando me gusta divertirme. Esto ella lo sabe, pero también sabe que mis escapadas no son muy largas y que la amo — respondió.

El marido acercóse a su esposa que lloraba en un ángulo de la habitación y le dijo:

—Daisy. Vámonos de aquí. Tú no puedes quedarte aquí. No debíamos haber venido... Tú no serás nunca para un estafador vulgar.

Gatsby se había acercado a ellos y escuchó horrorizado estas palabras.

El marido continuó implacable, ante la sorpresa de Daisy:

—Sí, sí. El y Wold compraron varias dro-

guerías y farmacias en calles poco céntricas para vender en ellas whisky y otros venenos... Es un vulgar contrabandista de bebidas. Esto es lo que le ha enriquecido. Nada más.

Ella miró con horror a su antiguo novio. Gatsby bajó la cabeza, atormentado por aquellas palabras que desgraciadamente respondían a la verdad.

Pero un resto de amor brilló en los ojos de Daisy por su ex novio. Y no queriendo creer aquello, dijo:

—Gatsby, haga el favor de acompañarme a casa.

Con una sonrisa de melancolía en los labios, Gatsby salió con Daisy, mientras el marido quedaba furioso contemplando como se alejaban los dos.

Ya en el automóvil, él la pidió perdón por su vida infame y la dijo:

—¡Oh, Daisy, mi existencia es realmente la de un contrabandista! Lo hice para humillar a usted, para ser más rico que Tom. Pero ahora, en este mismo instante, descubierto todo, me arrepiento de veras... No seré yo un obstáculo a sus deberes de casada. ¡No, no lo seré! ¡Se lo juro!

Ella nada decía, porque la declaración de quien era Gatsby había puesto frialdad en su corazón haciéndole al propio tiempo recordar sus deberes de esposa y madre. ¿Por qué insistir en un "flirt" inútil? Ella se debía a su marido y a su hijita.

Y mientras tanto en el garage se desarrollaba una escena violenta. Wilson acababa de descubrir varias joyas en poder de Marta y la reprimaba terriblemente:

—Por última vez, ¿quién te dió esto? Si no me lo dices en seguida, voy a matarte a latigazos.

—¡No, no! ¡Socorro!

Enloquecida, la mujer huyó por la carretera. Corrió durante mucho tiempo. Vió de pronto a lo lejos que avanzaba rápidamente el automóvil en el que iban Gatsby y Daisy y que ella aquella misma mañana había visto en el garage guiado por Tom.

Creyó que iba Tom en él y lanzándose a su encuentro, gritó con todas las fuerzas de su alma:

—¡Tom, socorro... socorro!

Los ocupantes del coche quedaron sorprendidos ante aquellos gritos. Instantáneamente al escuchar Daisy el nombre de su marido, sospechó que aquella mujer era la amiga de Tom y ordenó a Gatsby que no se parara.

El automóvil emprendió nueva velocidad y entonces Marta, pretendiendo detenerlo, fué alcanzada por las ruedas que destrozaron su cuerpo hermoso de pecadora.

Horrorizada ahora Daisy por las consecuencias del accidente, rogó a su amigo que no se detuviera y que la condujera rápidamente a su casa. Y el automóvil, inhumano, partió como una exhalación.

Algunos transeúntes recogieron el cuerpo de Marta que pagaba con su vida la infidelidad de sus juramentos de amor.

Daisy, frenética por todo lo ocurrido, se despidió de su amigo Gatsby para no verle más.

—Separémonos para siempre — le dijo—. Mi deber es olvidarlo todo. ¡Me debo a mi esposo y a mi hijita! ¡Adiós!

Se estrecharon la mano tristemente y ella entró en la casa, mientras Gatsby quedaba vagando por el jardín.

Parecía vigilar aún lo que podría pasar allí dentro cuando vió llegar a su amigo Nick que acababa de acompañar a la casa a Tom Buchanan.

Los dos hombres hablaron de lo ocurrido aquella noche y Gatsby explicó como por remate de fiesta había atropellado a una pobre mujer.

—¡Y la dejamos allá en el camino! ¡Qué horror!

Entretanto, Daisy se había encerrado en su habitación no queriendo ver a nadie.

¡Se acusaba a sí misma de tantas cosas!

Pero luego, una hora después, bajó al comedor. Su marido estaba pálido y disgustado. Acababa de enterarse por la prensa del trágico suceso ocurrido a Marta.

—¡Ah! — rugió al ver a su esposa! — Ahora verá lo que le pasa a ese hombre! — ¡Puedes despedirte por siempre de Gatsby!

—¿Qué quieres decir? — preguntó ella, asombrada.

—¿Crees que no se ha enterado la policía del atropello? Alguien conoció el automóvil de Gatsby y a estas horas la policía lo andará buscando para mandarlo a presidio por homicidio.

Un gran temblor se apoderó de la mujer.
—¿Y ella, la víctima, ha muerto? — preguntó, horrorizada.

—Sí, murió la pobre...

—¡Yo me tengo la culpa, yo! — exclamó Daisy, dando rienda suelta a su llanto—. El quería parar, pero yo no le dejé... ¿y sabes por qué? Porque yo sospeché... Esa mujer llamaba: "Tom, Tom". ¡Y tuve celos!

El la miró anonadado. Al propio tiempo sintió que también era él culpable de aquella muerte.

—¡Tú la mataste! ¡Y era a mí a quien llamaba! — dijo—. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué mal hemos empleado nuestras vidas!

Había en los dos un inmenso arrepentimiento. El se acusaba de ser el responsable indirecto de aquella muerte y de haber engañado a su pobre mujer. Y Daisy sentía la pena de haber contribuido casi inconscientemente, por celos, a aquella desgracia. Al propio tiempo sentía la acusación de su conducta con Gatsby. ¡Oh, nada de flirt, alejarse de este peligro, pronto, pronto!

¡Ah! ¿En qué había estado pensando aquella tarde? ¿Cuánta locura!

También Tom Buchanan por primera vez experimentaba el escalofrío de la dignidad.

—¡Qué vida la mía tan infame! — dijo—. ¡Oh, Daisy! ¿no querrías perdonarme? ¿Por qué no comenzamos a vivir de nuevo? ¡Hágámoslo por nuestra hija!

Ella calló, miró a su marido de frente, sintió que su corazón era para él otro, para Gatsby, pero su deber de madre la obligaba a permanecer al lado de Tom que por otra parte parecía arrepentido de su conducta.

—Podemos probarlo — dijo ella con melancolía—. Pero tengo miedo de que sea demasiado tarde.

—¡Oh, no, no, te juro que voy a emprender una existencia nueva, te lo juro, mujer! Abandonaremos a todas las gentes depravadas que nos han rodeado y no viviremos más que por el amor de nuestra hija.

Y había en sus palabras tanta sinceridad, que ella se resignó a olvidar el pasado y a vivir de nuevo como una madre verdadera.

Además, aquel hombre, aquel Gatsby, ¿no era un contrabandista y toda su fortuna se basaba en cosas inmorales? ¿Por qué pensar en él?

Entretanto, Gatsby al marchar Nick había estado en el jardín, mirando las ventanas iluminadas de la habitación donde platicaba el matrimonio.

Vió que corrían unas cortinas y que Daisy se dejaba abrazar por su esposo.

Y su sueño se quebró como si hubiese sido de cristal ante la impía malicia de la realidad, y al fin comprendió que lo había perdido para siempre.

¡No, desgraciadamente no conseguiría ya nunca a aquella mujer y era una locura empeñarse en lo contrario!

No tenía derecho a inmiscuirse en un hogar por malo y canalla que fuese el marido. No debía olvidar que Daisy estaba ungida por el supremo título de madre y que esto era un valladar que debía hacerle a él retroceder en todos sus ensueños.

¡Cuán loco había sido! Además, con su estúpido afán de ser tan rico como Tom, había consentido en convertirse en contrabandista de licores... Y ahora veía la inutilidad de su esfuerzo. El era un hombre honrado y no consentiría en romper una familia.

Y se alejó tristemente del jardín, viéndose vencido en sus ilusiones amorosas. Sacrificaría su felicidad en aras de la dicha de los demás. Tal vez en este sacrificio encontrase una satisfacción mayor.

**

Unos días después, Gatsby alejóse de América donde se había descubierto por la policía uno de sus cargamentos de whisky. Wold fué detenido y gracias a su actividad, Jay

Gatsby pudo rehuir la persecución de la justicia que le acusaba también del atropello involuntario de que fué víctima Marta.

En otra parte del mundo, Gatsby procuraría olvidar y formar una nueva vida basada en lo único que da la tranquilidad y la dicha: una existencia de honradez.

Y en Nueva York, Tom Buchanan fué al correr de los meses, un modelo de esposos fieles y abnegados padres.

Daisy le agradecía su conducta y en el amor de su hijita procuró desterrar los amargos pensamientos que la vuelta de Gatsby había forjado en su corazón.

Sólo se vive una vez... Su destino estaba ya marcado. Se debía por entero a la hijita que iba creciendo bella y ufana...

Unicamente, de vez en cuando, el rencor invadía su alma al pensar que sus familiares la obligaron a casarse con un hombre al que no la unió el amor y al que estaba obligada a guardar fidelidad. Pero fué resignándose a su sino encontrando en las delicias de la maternidad un consuelo a su fracaso sentimental.

FIN

Próximo número: La deliciosa novela

¡CASEMOS!

por RICHARD DIX y LOIS WILSON

Acaba de aparecer en las
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
la sugestiva novela

EL SARGENTO MALACARA

por Eleanor Boardman, Lon Chaney, William Haines

Acaba de aparecer en la Biblioteca
«Nuestro Corazón», la sugestiva novela

A LA DERIVA...

original de **ANGEL BIRTH**

CHANG

es la mejor novela
de aventuras ==

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA - Ferraz, 21 MADRID

B.